

Revista de libros

Jean-Fabrice NARDELLI, *Le motif de la paire d'amis héroïque à prolongements homosexuels: perspectives odysseennes et proche-orientales*, Amsterdam, Adolf M. Hakkert Publisher 2004, 297 pp.

En este reciente y meticuloso estudio, que debe incluirse dentro del amplio marco de la incidencia de las literaturas de Oriente próximo en el desarrollo de los temas y de los géneros poéticos de la Grecia arcaica, se trata de explicar como un caso de homosexualidad implícita la relación que se describe en la *Odisea* entre Telémaco y Pisístrato, el hijo de Néstor, comparándola con el caso aparentemente similar de la amistad entre David y Jonatán de los bíblicos *Samuel* I y II, y suponiendo a ambas historias herederas de los patrones narrativos que estructuran la relación entre Gilgamés y Enkidu en el *Poema de Gilgamés*.

Para ello, la obra consta de una introducción en la que se define la problemática que conlleva todo estudio que pretenda analizar de forma científica la influencia efectiva de los textos orientales en el mundo heleno. En ella se critica buena parte de la bibliografía aparecida hasta el momento en este campo, resaltando la falta de estudios dedicados a la homosexualidad en contextos épicos.

En el primer capítulo se analizan concienzudamente todos los pasajes de la *Odisea* en los que pueden rastrearse signos de que, efectivamente, el poeta alude implícitamente a que Telémaco y Pisístrato eran algo más que amigos o simples aliados en el viaje del primero por el Peloponeso en busca de apoyos contra los pretendientes al trono de su padre. La argumentación se apoya, básicamente, en decir que Homero explica en dos ocasiones que los dos jóvenes duermen juntos con palabras similares y en el mismo momento en que se nos cuenta que también se van a dormir los señores del palacio que los hospedan (Néstor y su esposa, *Od.* III 397-403; y después Menelao y Helena, *Od.* IV 302-305), y se interpreta este hecho como una equiparación de las dos parejas, una homosexual y otra heterosexual. Otro dato fundamental para su interpretación es el golpe en el pie con que Telémaco despierta a Pisístrato cuando por fin decide volver a Ítaca (*Od.* XV 44-45), muestra indiscutible, según Nardelli, de una intimidad especial entre ambos de tipo claramente sexual (llega a calificar el gesto como *post coitum*). No se aceptan, por poco convincentes, las explicaciones que

hasta el momento se han aducido para explicar esta estrecha relación entre los dos chicos —amistad, hospitalidad, etc.— y su función en el poema, y se justifica la interpretación de una relación amorosa entre ambos como una de las razones estructurales de la larga duración de la *Telemaquía*, y de las acciones que el hijo de Ulises lleva a cabo en el poema. Si no se describe abiertamente la relación entre ambos es debido a los condicionantes de tipo social y moral de la mentalidad heroica.

Homero estaría recogiendo el mismo tipo de relación que aparece en la historia bíblica de David y Jonatán, al que dedica el segundo capítulo. El concienzudo análisis del contexto histórico, social y literario, que compara las tradiciones bíblicas con antiguas leyendas mesopotámicas como la de Gilgamés y Enkidu (que se antoja precedente último en el planteamiento literario de la homosexualidad implícita), acaba concluyendo que la pareja David-Jonatán, a quienes en el texto bíblico se califica de «hermanos», se entiende como un matrimonio y, por tanto, supone una aceptación de la homosexualidad. Ello es especialmente relevante en el canto fúnebre de David por la muerte de Jonatán, en donde se especifica que lo apreciaba más que al amor de las mujeres.

Estas consideraciones dan paso al tercer capítulo, que analiza las posibles vías por las que se habría transmitido la temática de la pareja homosexual hasta llegar a tradiciones tan independientes entre sí como son la *Odisea* y el *Antiguo Testamento*. La fuente de la idea provendría de la épica mesopotámica, que se habría propagado a través de los fenicios, entre otros.

Tras comparar la naturaleza de los ejemplos analizados, en la conclusión se deduce la existencia de la idea común de la pareja de amigos de la misma edad, semejantes por su naturaleza y condición, y compañeros de aventuras, que podrían interpretarse como pareja amorosa bien vista de forma implícita, cuyo antecedente remoto se encontraría en la leyenda de Gilgamés. Sería un ejemplo más de patrón narrativo heredado en la épica griega de fuentes mesopotámicas, y vendría a reforzar las investigaciones que en los últimos años se están realizando en este fructífero y novedoso campo.

Obra concienzuda, erudita e imaginativa, cuenta con varios apéndices sobre cuestiones paralelas que ayudan a la comprensión de los argumentos aportados, así como 65 páginas de comentarios adicionales, además de numerosas y prolijas notas a pie de página. De todos los textos citados en lenguas antiguas que no sean el griego o el latín se aporta una traducción al francés, y se incluyen cuatro índices de nombres, personas, citas y temas, así como una abundante y actualizada bibliografía sobre todas las cuestiones tratadas. Asimismo, el análisis del tema es profundo, sistemático y exhaustivo, y el trabajo puede calificarse, sin duda, de meritorio. Sin embargo, y a la vista de un lector de Homero actual, tal vez adolezca de un excesivo celo por explicar, como si de hechos históricos se tratara, lo que en realidad son sólo personajes e historias pertenecientes a una obra literaria, por lo menos en lo que a la épica homérica se refiere. Por otra parte, está suficientemente demostrado que Homero —o quien diera forma definitiva a las colecciones de leyendas que dieron lugar a *Ilíada* y *Odisea*— es receptor de distintas versiones para muchas de las historias que cuenta (es de sobra conocido el ejemplo del fantasma de Helena, que Homero omite aunque

hace que la pareja Menelao-Helena hagan escala en Egipto y conozcan a Proteo), y muy bien pudiera ser que haya existido la versión paralela del amor entre Telémaco y Pisístrato, que Homero sólo recogería en los detalles puramente argumentales de que compartían alcoba y viajaban juntos. Pero de esta leyenda no ha quedado ningún testimonio paralelo (no así de la del fantasma de Helena, por seguir con el paralelismo, recogida, entre otras muchas fuentes, en la *Palinodia* de Estesícoro o en la *Helena* de Eurípides). Es decir, para los hechos históricamente ocurridos de los que no ha quedado un testimonio directo, es muy lícito, e imprescindible, apoyarse en los indicios indirectos e intentar elucubrar posibles soluciones. Pero cuando se trata de una narración literaria conservada íntegramente, como es este caso, los hechos noticiados son sólo eso, la historia que el poeta ha querido contar —aunque haya tenido otras opciones—, y si Homero no habla abiertamente de una relación amorosa entre los dos héroes no deberíamos empeñarnos en inventarnos una, ya que eso constituiría la creación de una obra literaria distinta, —si es que nuestra invención alcanzara esa categoría.

Sandra ROMANO MARTÍN

Luciano LANDOLFI, *Integra prata. Manilio, i proemi, Testi e manuali per l'insegnamento universitario del latino 73*, Bologna, Pàtron Editore 2003, 124 pp.

El presente libro está compuesto por cinco capítulos; cuatro ya han sido publicados —si bien de forma distinta— en revistas italianas. Este hecho, corriente en la producción crítica habitual, tiene la ventaja de ofrecer a los interesados en la obra de Manilio una visión de conjunto más amplia y densa que la ofrecida en artículos dispersos y de no siempre fácil acceso. El autor, conocido por varias contribuciones en torno de diversos aspectos de la obra maniliana, nos ofrece en este libro un recorrido crítico por los proemios de los cinco libros de las *Astronomica*.

El primero de los capítulos («*Uranobateîn*: Manilio, il volo e la poesia. Alcune precisazioni») trata sobre el tópico del viaje celestial con el que Manilio inaugura su obra. Landolfi traza los diversos paralelismos y posibles fuentes de este tópico en Parménides, Ennio, Germánico, Ovidio, Cicerón y Calímaco, estableciendo contactos y diferencias entre estos autores y la formulación original de Manilio. Concluye el autor que evidentemente Manilio ha tomado parte de estos tópicos dispersos (el vuelo hacia el cielo, el carro celestial, etc.) sin una conciencia sistemática, aprovechándose de los mismos para consagrar su lugar como iniciador de los arcanos astrales en la literatura latina. Su particularidad es entonces operar sobre la veta sacro-mágica de la *anábasis*: al ser presentada ésta como una iniciación ritual, une al poeta como depositario de los secretos del cielo con el lector neófito que desea conocer esos mismo secretos.

El segundo capítulo («*Man. Astr. 2. 1-48: Il catalogo letterario*») analiza con mucho detalle y rigurosidad filológica las posibles fuentes del catálogo literario con el que se abre el segundo libro de *Astronomica*. Subraya el carácter novedoso del mis-

mo (es el único ejemplo de proemio de crítica literaria en una obra didáctica) y desarrolla su propósito por medio de la comparación con otros catálogos literarios en los autores elegíacos (Hermesianacte, Mimnermo, Propercio y Ovidio) estableciendo similitudes y diferencias entre ellos. Luego pasa a un análisis de las alusiones literarias presentes en el catálogo, las cuales, como se sabe, son de naturaleza problemática ya que en la mayor parte de ellas Manilio ha preferido aludir a los autores mediante la descripción de los temas y evitando una identificación certera. Landolfi señala la imposibilidad de una identificación concreta de todos los autores o del origen de los mismos temas. Concluye que el sentido de este proemio es presentar un *iter* cronológico que mostraría el pasaje de la épica al género didáctico y señalar un lugar necesario y novedoso donde el poeta se insertaría. A la manera de los elegíacos latinos y sus antecesores helenísticos el catálogo maniliano revela su propio código poético, pero al mismo tiempo —y a diferencia de aquéllos— se centra en el concepto de singularidad que le permite situarse en una posición excéntrica y fuera de la tradición literaria.

El tercer capítulo («Manilio e la recusatio») trata sobre el tópico omnipresente en la literatura del período augustal de la *recusatio* tal como es presentado en el proemio del libro tercero. Landolfi, como hemos visto en los capítulos anteriores, comienza su análisis con el escrutinio minucioso de probables fuentes y *loci similes* en la tradición romana (Virgilio, los elegíacos, Horacio, etc.) y luego traza interesantes relaciones con el proemio del libro segundo, en tanto que la *recusatio* épica y trágica del tercero en cierto modo completa y dinamiza los contenidos metaliterarios expuestos en el libro anterior. Es interesante la observación de que Manilio no se excusa de tratar los temas épicos por muy elevados (lo que es una constante en los poetas augustales) sino que simplemente los deja de lado («differtur») por considerarlos muy bajos para el cielo y sus secretos.

En el cuarto capítulo («Per l'analisi di un *protreptikòs lógos*») Landolfi se aparta de la interpretación corriente que ve al proemio del libro IV como una respuesta estoica a Lucrecio (libro II). Sin negar esta lectura, prefiere analizarlo desde la perspectiva de la diatriba cínica que influye tanto sobre el epicureísmo como el estoicismo, lo que demuestra que, en todo caso, ambos textos partirían de una misma matriz filosófica. Las diferencias entre ambos textos son bastante marcadas (uso de distinto léxico, apelación singular en Lucrecio [*tu*] vs. inclusión en Manilio [*nos*], etc.) lo cual demuestra que, antes que remontarlos a un antecedente concreto —Posidonio, por ejemplo—, es preferible verlos como una manifestación del *tópos* diatrístico de la *mempsimoiría* y la *filarguría*. Concluye el capítulo con la interesante reflexión de que Manilio no se contenta con el trasfondo filosófico cínico-estoico, sino que presenta su propia versión de la literatura protréptica al presentar un largo catálogo de personajes célebres romanos.

El último capítulo («*Hic alius finisset iter. Nuovi orizzonti tematici della didassi astronomica*») recoge algunos elementos que se presentaron en los capítulos anteriores, lo que resulta en una apretada pero justa síntesis de los primeros cuatro proemios. Analiza Landolfi la presencia problemática de los catasterismos, que el propio Manilio había criticado en el proemio del libro II y discute las opiniones sobre si el quinto

libro fue el último o si poseemos una obra incompleta. Landolfi se inclina por la primera opción y la justifica por el carácter anular de la composición del poema, que entonces comenzaría y terminaría con el cielo en un caso y con la jerarquía de las estrellas en el último.

Cierran el volumen una bibliografía actualizada y un índice de autores modernos. Se echa en falta quizás un índice de pasajes citados (sobre todo porque gran parte del valor del presente estudio son las referencias intertextuales o símiles con diversos autores griegos y latinos). El otro problema —si bien de poca importancia, pero molesto para la lectura— son las numerosas erratas en las citas latinas (*deducer*, p. 11; *mibi*, p. 37; *nihil*, p. 51) e inglesas (*eaven*, p. 51; p. 73 n. 52; etc.).

En síntesis, el presente libro ofrece un recorrido crítico, sagaz y muy bien documentado de los proemios de Manilio interpretados no sólo en su especificidad como tales sino también —y este es uno de los hallazgos de Landolfi— en relación con el resto de la obra. En este sentido, el lector no especializado en Manilio encontrará, además del estudio de los prólogos, frecuentes tratamientos —forzosamente parciales— de otros aspectos y problemas de este autor y útiles referencias bibliográficas para profundizar dichos contenidos. En suma, un libro útil y más que recomendable para ahondar en este autor tan poco conocido y, como el libro muestra, más importante y novedoso de lo que se suele pensar habitualmente.

Martín POZZI
Universidad de Buenos Aires
mpozzi@myrealbox.com

Massimo GIOSEFFI (ed.), *E io sarò tua guida. Raccolta di saggi su Virgilio e gli studi virgiliani*, Milano, LED - Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto 2000, 254 pp.

He aquí una colección de ocho ensayos dedicados a Virgilio así como a su fortuna en los siglos IV y V d. C. Los dos primeros son una reedición de dos artículos de crítica virgiliana de I. Cazzaniga que, junto a L. Castiglioni, fue uno de los fundadores de la escuela filológica milanesa; los seis restantes son trabajos inéditos de investigadores italianos actuales de las universidades de Salerno, Mesina, Milán, Roma y Pavía. El libro concluye con un índice de pasajes citados.

El volumen se inicia con la justificación por parte del editor de la colección, M. Gioseffi, de la reedición de dos artículos marginales dentro de la amplia obra del maestro Cazzaniga sobre la influencia de Nicandro de Colofón en las *Geórgicas*, por el hecho de ser los dos únicos que el autor dedicó exclusivamente a los estudios virgilianos, y por haber sido ignorados últimamente en alguna obra de referencia. Aunque se trata de trabajos relativamente antiguos (1960), la reflexión del profesor sobre la imagen del poeta mantuano como representante ideal del helenismo latino del siglo I a. C. continúa siendo de máxima actualidad, así como la definición que en ellos se da de los objetivos y los límites de la filología en el mundo actual.

En el primer artículo, titulado «A proposito di una presunta ironia virgiliana (*Georg.* 1. 388-389)», se repasan los modelos helenísticos (Nicandro, Arato o Calímaco) que Virgilio recrea en algunos pasajes de las *Geórgicas* en que ha querido dar un toque irónico a alguna descripción o ha cambiado la intencionalidad del contexto original, transformándolo en una nueva imagen. Lo fundamental del artículo, además del análisis comparativo de los pasajes, es la reivindicación de la prudencia a la hora de interpretar el sentido del humor de los autores antiguos, ya que lo que a nuestros ojos puede parecer una ironía, en muchos casos para el propio poeta tal vez no era así, al no corresponderse las concepciones sobre el tema en las distintas épocas.

El segundo trabajo de Cazzaniga, «Colori nicandrei in Virgilio», consiste en la comparación de tres pasajes virgilianos con otros tantos de Nicandro y abunda en la investigación de las fuentes alejandrinas de la poesía virgiliana. El primero, *Georg.* 3. 414-439, recrea varios pasajes de las *Theriaká* de Nicandro, no de sus *Georgiká*, como se había venido afirmando hasta el momento; la principal diferencia entre ambas visiones radica en que, mientras Nicandro sigue las normas de una poesía didáctica puramente teórica, Virgilio adapta su poesía al contexto geórgico y se limita a la realidad de los campos itálicos. El segundo, *Aen.* 5. 268-280, comparación en la que Virgilio representa la nave de Sergesto que, averiada durante la batalla, se mueve lentamente al igual que la serpiente herida que intenta escapar, corresponde a otro pasaje de las *Theriaká*, en que aparece la misma comparación pero invertida, es decir, se compara el movimiento de la serpiente con el de una nave que intenta avanzar contra el viento. La imagen es tan característica que no pueden quedar dudas sobre el color nicandro de la imagen virgiliana, toque helenístico en medio de un relato puramente homérico. Por último, el tercer pasaje, *Ecl.* 6. 43-44, el eco de las voces de los marineros que llaman a Hilas, se explica como la evocación de una tradición poética ya aparecida en Nicandro (y también en Euforión) que, según nos cuenta Antonino Liberal, narraba que cuando Hilas desapareció, Heracles comenzó a llamarlo desde la nave y su nombre se convirtió en eco que el bosque repetía. Con estas recreaciones, Virgilio homenajea el arte nicandro siguiendo los cánones del refinado arte helenístico, pero también construye una poesía evocadora en la que se superan estilísticamente los modelos.

Paolo Esposito ofrece en el artículo «Scene di battaglia in Virgilio» un estudio puntual de las reelaboraciones homéricas en las escenas de batalla de la *Eneida*, para evidenciar los mecanismos intertextuales adoptados por el poeta. Se demuestra que, a pesar de la necesaria recreación homérica que estas escenas suponen, es en las «aristías» de los héroes principales (en las que se presenta en pocos versos a los adversarios menores que siempre resultan abatidos o se narra la muerte sucesiva de distintos héroes, casi siempre hermanos o amigos) donde las diferencias respecto al modelo homérico son las más marcadas, y siguen una pauta compositiva y estructural determinada, independiente del modelo. Virgilio tiende en estos episodios a alargar los tiempos de la acción y a acentuar patéticamente la escena, incluso de forma macabra, consiguiendo remodelar el excesivo esquematismo de la fuente, y para ello se inspira en motivos de la épica helenística tanto como en el teatro y la épica latina arcaica.

Giuseppe Ramires, en «Tradizione e fortuna di una variante virgiliana (*Aen.* 9. 189 e 236)», sigue el rastro de una célebre variante de la *Eneida*, la expresión *somno vi-*

noque sepulti que sustituiría a la preferida por los editores *somno vinoque soluti*. Es una forma atestiguada en la tradición indirecta ya desde la misma época de composición de la *Eneida* (paralelos con Ovidio lo atestiguan), y que se sigue repitiendo en la edad tardo-antigua, en el medioevo y hasta en las literaturas modernas. Se trataría, pues de una asociación de términos hecha propiamente por Virgilio, y transformada por él mismo en elemento irrenunciable de las narraciones sucesivas.

Al comentario de Servio se dedican los ensayos de Marco Tulio Messina «Le formule di catasterismo negli scolî serviani», y de Fabio Gasti «Una citazione di Probo nel Servio danielino (Serv. Auct. *Aen.* 9. 814)». El primero, más analítico, reúne los pasajes mitográficos relativos a asuntos de catasterismo, basándose en las fórmulas léxicas que lo describen y las relaciones que rigen la elección de cada una. El segundo, más filológico, se interesa por una cita de Probo recogida en las notas del llamado Danielino, con importantes observaciones en torno a los módulos expresivos utilizados por aquel texto para referirse a los comentarios precedentes y su autonomía respecto a ellos cuando no comparte sus opiniones, como en este caso.

Los últimos dos autores se ocupan de la paráfrasis de la *Eneida* de Donato. El primero es Massimo Gioseffi que, con «Ritratto d'autore nel suo Studio. Osservazioni a margine delle *Interpretationes Vergilianae* di Tiberio Claudio Donato», intenta definir a Donato como un artista que compite con el original virgiliano que está comentando, interpretación contraria a la de la mayor parte de la crítica que se ha ocupado de él hasta el momento. Para ello analiza la estructura literaria de las *Interpretationes Vergilianae* y sus procedimientos de reescritura del texto comentado; después aporta diez ejemplos de esta recreación; y por fin expone sus conclusiones sobre la obra de Donato, sobre su relación con la cultura antigua, sobre la noción de paráfrasis según Quintiliano y sobre las notas exegéticas del *corpus* serviano. El último trabajo, «'Deformare' e 'deformatio' nel lessico di Tiberio Claudio Donato» de Luigi Parovano, parte del concepto que el gramático tenía de la *Eneida* como perteneciente al retórico *genus laudativum*. Tras analizar detalladamente el uso de 'deformare' y 'deformatio' concluye que su uso era indiferente tanto en este género como en el *iudiciale*, y así pone a la luz la ambigua clasificación de la obra de Donato, siempre a caballo entre la tradición gramatical, la retórica y la jurídica.

A pesar de la diversidad de argumentos y épocas estudiados, el volumen se caracteriza por una irreprochable unidad, surgida del motivo común virgiliano y de lo profundo y claro de las investigaciones que contiene. Es un ejemplo señero de la calidad de los estudios de filología clásica en las universidades italianas.

Sandra ROMANO MARTÍN

Antonio BUENO GARCÍA (ed.), *La traducción en los monasterios*, Valladolid, Universidad de Valladolid 2004, 258 pp.

«No sólo San Jerónimo, sino también otros muchos traductores a lo largo de la historia, se han visto obligados a justificar una tarea tan ingrata como necesaria y, sin embargo, tan menospreciada en ocasiones como es la de traductor». Con estas pala-

bras se abre el Prólogo (p. 7), a cargo de Fr. Miguel C. Vivancos, de este volumen que, sin duda, ayudará a tener una imagen más afinada sobre los monasterios y su labor traductora. Algunos de los trabajos proceden de las ponencias presentadas en el Coloquio Internacional *La traducción monacal. Valor y función de las traducciones de los religiosos a través de la Historia*, celebrado en Soria del 7 al 10 de noviembre de 2001, cuyas actas completas fueron publicadas por la Diputación Provincial de Soria en formato CD-Rom.

El primer trabajo se debe al editor del volumen, A. Bueno García, «Valor y sentido de la traducción monástica» (pp. 11-26). En él se aborda la traducción en los monasterios en clave histórica, religiosa y también didáctica, teniendo en cuenta la personalidad propia de sus autores y la de los destinatarios de sus textos. Los monasterios se presentan como foco cultural y seña de identidad en Europa, y la traducción como actividad propiamente monástica y religiosa. El autor aborda también el peso de lo sagrado en la traducción, su función didáctica y la perspectiva del destinatario.

J. C. Santoyo, en «Los inicios de la traducción monacal en Europa: Roma, Dume, Vivarium,... (s. VI)» (pp. 27-41), comienza su recorrido en las primeras noticias de traducción monacal que nos llegan de la mano del monje Dionisio el Exiguo en Roma, centro de la cristiandad, para pasar a continuación a Dume, en los límites de la Lusitania y Gallaecia atlánticas, a la sombra de Braccara Augusta, y a la figura del primer abad, Martín, para finalizar, de nuevo en la península itálica, en Vivarium con la figura de Flavius Magnus Aurelius Cassiodorus y su importante labor, junto a monjes como Muciano, Bellator o Epifanio Escolástico.

J. Cantera Ortiz de Urbina se ocupa de las «Antiguas versiones latinas de la Biblia y su repercusión en las traducciones al español» (pp. 43-61). Este trabajo se inicia planteando la necesidad de las traducciones bíblicas y de las antiguas versiones al arameo, siríaco y griego, antes de llegar a las versiones latinas —las anteriores a San Jerónimo y la Vulgata—, y las versiones bíblicas latinas en la Edad Moderna. En la segunda parte se centra en las traducciones españolas, tanto católicas como judías y protestantes, desde el s. XVI hasta el s. XX, finalizando con unas consideraciones sobre la traducción de unos pasajes concretos (*Salmos 21/22, 17; San Lucas 1, 28; Habacuc 3, 2; y Rut 2, 14*).

J. M. Sánchez Caro afronta la cuestión de la «Intervención de la Iglesia en la labor traductora. El caso de la Biblia en España» (pp. 63-96), y comienza intentando aclarar la importancia que la aportación monacal, y de las órdenes religiosas, ha tenido en el conjunto de la historia de la traducción en España, y lo hace a través de unas calas históricas en momentos significativos para resaltar campos de trabajo todavía inexplorados. Así, se fija en la recepción de las primeras versiones latinas, el medioevo y las biblias romanceadas, los «tiempos de reforma» y el rechazo de las biblias en lenguas romances, junto con el renacimiento bíblico que supuso la aparición de la imprenta, las traducciones de los siglos XVIII y XIX, para llegar finalmente hasta la segunda mitad del s. XX en que la Iglesia toma la iniciativa. Cierra el trabajo un interesante capítulo de conclusiones, con una doble perspectiva: histórica de un lado y, de otro, desde la naturaleza de la traducción, incidiendo en cuestiones como la relación entre traducción y ortodoxia, sacralidad o transmisión.

Dedicados a cuestiones más puntuales son los trabajos que siguen. Así, M. Ballard se ocupa de «Pouvoir, culture, église et traduction en France au Moyen Âge de la Renaissance Carolingienne au Règne de Charles V» (pp. 97-124), que realiza un recorrido que va del Renacimiento Carolingio y su restauración de la cultura latina, el problema del griego y el nacimiento de la lengua francesa, hasta el reinado de Carlos V y sus sucesores y la importancia de la traducción en Francia en los siglos XIII a XV. Le sigue la contribución de R. van den Broeck, «William of Moerbeke (c. 1215-1286) as translator of Aristotle. A remarkable Stepping-stone in the Tradition of Literality» (pp. 125-137), que, tras una breve reseña biográfica, se centra en sus predecesores, su método de traducción, la decadencia de la literalidad con el posterior desarrollo del Renacimiento y el Humanismo, y un apunte sobre el período que va del Romanticismo a la actualidad. A otra figura concreta se dedica el estudio de Ch. Balliu, «Constantino el Africano, o cuando el monasterio revisita la medicina» (pp. 139-151). El autor centra y contextualiza, en primer lugar, la actividad de Constantino en el ámbito de la escuela médica de Salerno, ya muy famosa durante el siglo VIII, antes de dedicarse a la labor traductora de Constantino destacando las traducciones al latín de las obras griegas vertidas al árabe por Hunayn ibn Isaac y su equipo de la Escuela de Bagdad.

A continuación, H. Marquant trata sobre «Los traductores monacales de Teresa de Jesús» (pp. 153-178), intentando caracterizar el concepto de «traducción monacal» desde un doble punto de vista, histórico y metodológico, con la aplicación concreta a tres traducciones de la obra de Teresa de Jesús. Para ello realiza un estudio analítico y comparativo de la traducción francesa realizada por Jean de Brétigny, en colaboración con los Padres Cartujos del Monasterio de Bourfontaine (Ruán 1601); la también francesa de las Madres Carmelitas del primer monasterio de París, en colaboración con el obispo de Cuenca (Ecuador) (París 1907-1910); y la holandesa, de los Padres Carmelitas de Holanda, coordinada por Titus Brandsma y publicada entre 1918 y 1924. Por su parte, a «La traducción de las obras de San Agustín al castellano» se dedican las páginas de P. de Luis Vizcaíno (pp. 179-206), que divide la historia de la traducción de las obras de San Agustín en dos períodos, ss. XV-XIX y s. XX, que estudia con detenimiento.

Los siguientes trabajos nos acercan a dos figuras españolas. En primer lugar, F. J. Campos y Fernández de Sevilla nos presenta a «El agustino Enrique Flórez, traductor» (pp. 206-226), ocupándose de su formación académica (teológica, histórico-geográfica, científica) y su proyecto *España Sagrada*, una suerte de Historia General de la Iglesia en España. Para ejemplificar su labor traductora se centra en sus traducciones portuguesas y francesas (*Vindicias de la virtud*, obras de la Madre María do Ceo, *Trabajos de Jesús*, y la *Delación de la doctrina de los Jesuitas*). En el siguiente trabajo, M. García Teijeiro se ocupa de dos temas en uno: «La traducción como pretexto. El caso de Fray Antonio de Guevara» (pp. 227-239). La primera parte del título alude a un tipo peculiar de falsificación literaria consistente en presentar una obra como traducción de un original escrito en lengua distinta. La segunda se refiere al carácter que este artificio adoptó en el famoso cronista del Emperador Carlos V, el franciscano cuyo *Libro áureo de Marco Aurelio* fue, después de la Biblia, la obra más traducida durante

la primera mitad del s. XVI, cuando no era más que una falsa versión a nuestra lengua del griego a través del latín. En palabras del propio autor, «merece la pena examinar cómo se combina en él la superchería literaria con la gravedad propia del religioso» (p. 227). Por último, F. R. de Pascual, en «Traducción y contemplación: escucha de la palabra y transmisión de la salvación» (pp. 241-256), intenta definir y dibujar la tarea de todo traductor, tarea que los monjes han desempeñado a su manera. Para ello se acerca al sentido de la traducción y a la vocación y labor del traductor monástico en su *scriptorium* con la contemplación como instrumento de entendimiento.

Interesante volumen que nos acerca a una de las facetas de la traducción menos atendidas en esta vertiginosa actualidad, en la que los estudios de traducción conocen un crecimiento (casi) desmedido, y que contribuye significativamente a esa reconstrucción histórica tan necesaria para llegar a una cabal comprensión del apasionante mundo de la traducción.

Antonio LÓPEZ FONSECA

Desiderio ERASMO, *Elogio de la estupidez*, Edición de Tomás Fanego Pérez, Clásicos latinos medievales y renacentistas, Madrid, Akal 2004, 233 pp.

Considerando la dificultad de esta obra por su erudición abundante, se necesita ayuda para entenderla según se avanza en su lectura. La visión que tiene un filólogo clásico de una obra tan leída e interpretada como la que contiene este libro, integra necesariamente los aspectos literarios e históricos que se ponen al descubierto al revisar las fuentes de su composición. De entre los enfoques posibles que se podrían haber adoptado al abordar una introducción y unas notas, la elegida en este caso parece haber sido la experiencia creativa del autor, los pasajes de la literatura clásica que recordaba y se ordenaban en su memoria, trasladando a su pluma esa vivencia de lector y esa creación emuladora. El recorrido minucioso por las referencias, que eran guiños a sus lectores y amigos —el primero de ellos, Tomás Moro, a quien va dedicada la obra— nos llevan a contemplar la doble faz grecolatina de la erudición erasmiana.

Las primeras páginas introductorias (hasta la 18), junto con el cuadro cronológico reúnen la mayoría de la información que atañe al conocimiento histórico, siendo la vida completa del autor, en conjunto, más que la anécdota concreta en que se escribió la obra, el centro de interés (recordando quizá la obra de P. G. Bietenholz, *History and Biography in Erasmus of Rotterdam* de 1966). En esta aproximación, como en el esquema en el que reúne en secuencia temática las distintas obras escritas por Erasmo, se muestra esa voluntad del editor de presentar un cuadro lo más detallado posible de datos. El comentario de los aspectos literarios ocupa casi tanto espacio en esta presentación como la parte histórica: los modelos antiguos y medievales, la estructura del texto, el estilo y la influencia en la posteridad. La habilidad con que se exponen estos contenidos permite saborear con agrado esa actitud del autor cuando dialoga con sus modelos, y selecciona los elementos que le sirven

para componer la desenfadada charla de la Estupidez. El editor imagina los resortes psicológicos que guían el discurso, y destaca esa cierta distancia que pone el humanista de Rotterdam entre su manera de ver el mundo y la crítica de su personaje, escondiéndose detrás para que no sepamos lo que de él suscribe y lo que es mero artificio de ficción.

Alabamos sobre todo el examen de las piezas que componen su estilo y lenguaje, en las que el editor ha insistido en esta parte como complemento de los datos que recoge en sus notas. En la obra erasmiana, más allá de la lucha contra el ciceronianismo y el luteranismo, se advierte el esfuerzo por mantener una elección coherente del lenguaje sin hacer demasiadas concesiones a la *consuetudo*. El recuerdo de Luciano, Lucilio, Horacio y Séneca le liberan de la exigencia de mantener un discurso elegante. Como se ve, la atención a los aspectos lingüísticos predomina sobre la reconstrucción del contexto filosófico o sociológico. En este sentido se separa de la edición prologada por José Antonio Marina, o de la interpretación bien conocida de Huiziga que se cita. La crítica del estoicismo tal como se interpretaba en la tradición medieval le habría dado al editor motivo para algún excursus de esta materia.

Ésta puede ser una de las características principales que justifican esta nueva edición de la obra erasmiana. El traductor desea seguramente puntualizar la falta de rigor que tuvieron otros que ejercieron esa labor de actualización, preocupados más bien por la tradición filosófica, por la oportunidad de la crítica, el transfondo autobiográfico de algunas situaciones o la recreación de aquella serie de los vicios de entonces que pasan a ser universales y de todos los tiempos. Además se las arregla para aligerar esa inmensa carga erudita, por medio de alusiones a la experiencia del lector culto contemporáneo. La abierta confesión con la que se anticipa a la crítica: «en algunos momentos nuestra versión parecerá excesivamente coloquial y en otros demasiado formal y recargada» (p. 55), es una manera de buscar los cambios de registro y de tono que él distingue en la lengua original, por lo que de manera simpática echa la culpa a Erasmo de las diferencias que el lector pudiera reprocharle. De todas formas, no puede escapar a la responsabilidad de ofrecer un texto que se pueda contrastar, como él mismo lo ha hecho, con las traducciones precedentes, y aun se presenta voluntario a competir con las venideras. Fanego Pérez no rehúye discusiones sobre los valores posibles en la traducción de un término (según podemos observar, por ejemplo, en la nota 195, p. 104), aunque a veces el lector podría echar de menos una palabra más acostumbrada (como por ejemplo en el caso de la traducción de *scrinia* por «cestas» en vez de «estuches» de los libros; «ingeniosidades», párrafo LIII, p. 137, tal vez un remedo de la prolífera imaginación del autor en la creación de términos como recurso satírico). En cuanto a la temática recogida en las notas, el interés del editor se decanta por su formación clásica y presta menos atención a las noticias de la cultura medieval (así también contrastan las notas sobre mitología respecto a las ocasiones de comentar las figuras más populares de la hagiografía de esa época). Este detalle se advierte claramente en la nota 385, p. 146, que nos parece reflexión ligera y nada fundada; parece que el editor se deja llevar demasiado lejos por la crítica que hace Erasmo de la cultura medieval, y piensa en voz alta sin atender a la verdad histórica.

La bibliografía que se relaciona al final de la introducción es coherente con el giro de su comentario. Otros lectores harían su propia lista de referencias, acorde con sus intereses en el copioso baúl de tesoros que encierra la figura y la actividad del humanista holandés (cf. por ej. la variedad de temas que trata I. Bejczy, *Erasmus and the Middle Ages. The historical Consciousness of a Christian Humanist*, Leiden 2001). Lo que parece entenderse es que no se pretende ofrecer desde este prólogo una guía para la lectura ni de las obras de Erasmo ni de la superabundante bibliografía. Recoge al frente de la lista las compilaciones bibliográficas de J. C. Margolin y los principales congresos y publicaciones monográficas, para que el lector pueda completar los temas que sean más de su agrado. Podía haber añadido a esto la publicación de *Erasmus Society Yearbook* por la que se puede seguir el avance de la investigación sobre este autor. También ilustrativa podría ser la inclusión en la lista de la monografía de Erika Rummel, *Erasmus as a Translator of the Classics* (Toronto 1985), o la de Marjorie O'Rourke Boyle, *Christening Pagan Mysteries: Erasmus in Pursuit of Wisdom* (Toronto 1981). El texto es un ejemplo privilegiado para el estudio de la literatura comparada, según se observa en el capítulo introductorio, en la parte dedicada a la influencia de esta obra. Para los interesados en este tema, se puede añadir como curiosidad la monografía de H. Schmitt *Die Satire des Erasmus von Rotterdam und ihre Ausstrahlung auf François Rabelais, Alfonso de Valdés und Cristóbal de Villalón* (Gelnhausen 1965).

El índice onomástico final recoge un extracto de la información contenida en las notas, facilitando la consulta. Por lo demás, el desarrollo de toda esta investigación por completar y explicar las referencias del texto, debe ser valorado por el lector, que puede disfrutar de una versión que aprovecha muy bien los recursos de vocabulario y frases del castellano actual, por lo que la variedad y la fluidez son antídoto contra la fatiga.

María Asunción SÁNCHEZ MANZANO
Universidad de León

Fernando ALONSO DE HERRERA, *Sobre la Persona Gramatical*, Edición, traducción, índices y comentario de Antonio Ruiz Castellanos, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz - Diputación Provincial de Toledo 2002, 236 pp.

La edición que nos presenta Antonio Ruiz Castellano sobre la obra de Fernando Alonso de Herrera, el *De Personis* o la *Disputatio* contra Prisciano, la ha dividido el autor en V capítulos. En el capítulo I o Introducción (pp. 13-67 del libro) expone un breve resumen de la vida y obra del humanista Fernando Alonso de Herrera, nacido en Talavera de la Reina y discípulo de Antonio de Nebrija a quien precedió en su cátedra de Alcalá en 1513 y de quien había efectuado la *Hymnorum additio* en 1494, que aporta en el capítulo III de los Apéndices a la obra (p. 47) junto con la *Correspondencia* con L. Marineo Sículo (pp. 48-51) y la *Expositio Laurentii Vallensis*, de 1511 (pp. 52-76). Fernando Alonso de Herrera además publicó en castellano la *Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces*, Alcalá 1517.

Con respecto a la obra que nos ocupa, el *De Personis* (c. 1496-1503), su contenido lo examina muy acertadamente Antonio Ruiz Castellanos en el capítulo I. 2 (pp. 35-53) al estudiar las «Gramáticas latinas del primer humanismo», señalando que una de sus principales características es su recepción por parte de los alumnos, lo que explica también el hecho de que el tratado de Herrera sobre las personas gramaticales sea diferente y que se ocupe de la misma forma de otros problemas heredados de los modistas y de las gramáticas medievales como la elipsis y los suplidos. Estas gramáticas fundamentadas en la lógica y en la semántica ya habían sido criticadas por Nebrija, pero la oposición se efectuaba sólo en el plano formal o empírico, ya que el formalismo del maestro de Herrera buscaba la construcción sintáctica en vez de las causas y sobre todo se fundamentaba en el *usus virorum eruditorum*, es decir en los autores de la literatura latina. Como dice A. Ruiz no es que Herrera pretenda sorprender con un invento novedoso a la gramática común de su época, lo que pretende es que la gramática no sea ontológica ni semanticista, sino que vuelva a basarse en el uso de los autores. Con respecto a sus maestros Nebrija y Valla, no los sigue al pie de la letra sino que los corrige, sobre todo cuando prosiguen con las tesis de Prisciano, principalmente, en el caso que da título al tratado *De Personis*, sobre la tercera persona del pronombre y de los participios; la crítica viene dada también por las implicaciones que tiene la figura de la *evocatio* y los suplidos de los supuestos pronombres personales implícitos. El ataque, en suma, más que contra Prisciano es contra los priscianistas medievales y sus especulaciones. La disputa sobre el *De Personis* es en realidad un alegato a favor de la metodología empírica (p. 53) y Herrera suprime la base de la figura de la *evocatio*, que por ser tan frecuente más que figura sería un solecismo, y sobre todo le quita la base de la elipsis, un presupuesto de la gramática medieval especulativa. El profesor Antonio Ruiz Castellanos resume, finalmente (pp. 59-66), la tesis de Herrera sobre la tercera persona del pronombre, pues en su polémica contra Prisciano piensa aquél que cuando en su posición de sujeto el pronombre de tercera persona no aparece, no es porque esté elíptico, por lo que tampoco se le puede suplir añadiendo el pronombre fórico, ni recurre tampoco a la *evocatio* de Nebrija. La explicación de Herrera es contraria a la de Prisciano y restituye para el pronombre latino de 3ª persona la misma solución que Apolonio le había dado a *autós* y coincide igualmente con Teodoro de Gaza: los pronombres de tercera persona al yuxtaponerse con los de primera y segunda, no son de tercera persona sino de persona indistinta. De esta forma se evita el recurso a las figuras retóricas que constituirían un vicio o solecismo, a pesar de su uso habitual.

Para la edición del *De Personis* (pp. 67 y ss.) Antonio Ruiz Castellanos ha utilizado las dos ediciones del tratado: la Hispalense y la Complutense (pp. 1-67) colacionadas en el aparato crítico del texto, en el que añade el de fuentes, tanto las de los autores antiguos, como las referencias explícitas a Nebrija. En cuanto a su magnífica traducción, he de añadir que la complementa con amplias notas lingüísticas y gramaticales, además de las traducciones de los textos correspondientes a los ejemplos otorgados por Herrera. En suma, una espléndida edición y traducción del *De Personis* de Fernando de Herrera. Pero además para completar la edición del *De Personis*, el profesor A. Ruíz Castellano ha enriquecido este tratado con el Apéndice I (pp. 47 y ss.), que comprende edición, traducción y comentario de la *Additio Hymnorum* del maes-

tro Antonio de Nebrija y la *Adhesión al Prólogo del libro primero de Lorenzo Valla: Guerra contra los Bárbaros*, en el que abundan las notas lingüísticas aclaratorias, como por ejemplo en la clasificación de los verbos impersonales (p. 63 y ss.). Completa esta edición la esmerada y cuidada bibliografía que comprende las pp. 73-101 y que abarca desde las obras de Herrera, gramáticas antiguas griegas y latinas, gramáticas medievales y renacentistas hasta la bibliografía actualizada sobre el tema, inclusive el ambiente cultural en torno a Alonso de Herrera, en el que desarrolló su labor este discípulo de Antonio de Nebrija, además de la que amplía sobre la historiografía lingüística, de gran utilidad para el estudio de las ideas lingüísticas y gramaticales humanísticas. Finalmente, sobre el *De Personis*, ha añadido el autor un *Index Verborum* con el que cierra este magnífico libro (pp. 103-123)

Virginia BONMATÍ SÁNCHEZ
vbonmati@filol.ucm.es.

Miguel Ángel GONZÁLEZ MANJARRÉS, *Entre la imitación y el plagio. Fuentes e influencias en el Dioscórides de Andrés Laguna*, Segovia 2000, 191 pp.

La primera obra que leí del Dr. González Manjarrés¹ despertó mi interés por la figura del médico humanista segoviano Andrés Laguna. Recientemente ha llegado a mis manos un nuevo libro de Gómez Manjarrés, experto en el Medioevo y el Renacimiento Filológico, un volumen cuya fecha de publicación es anterior a la obra a la que antes hacía mención, y que ahora se me ofrece la oportunidad de reseñar. De nuevo, y como era de esperar, el autor vuelve a colmar las expectativas del lector, al presentar un estudio totalmente objetivo sobre la figura del erudito humanista, evitando la «idealización» del mismo. Andrés Laguna, que, como es conocido, ejerció la medicina en el primera mitad del siglo XVI, demostró un ardiente interés por la Filología, según se trasluce de sus trabajos como editor y traductor de obras de la Antigüedad Clásica, especialmente de aquellas relacionadas con la medicina, como sucedió con el *De materia medica* de Dioscórides. En su tarea como filólogo se sirvió de la labor de editores y traductores contemporáneos —tal y como haríamos hoy en día a la hora de presentar un trabajo con un mínimo de rigor científico— del mismo modo que su obra sirvió como manual de referencia para autores posteriores, como sucedió con Jano Cornario, médico humanista alemán con el que Laguna mantuvo una agria disputa al acusarlo de plagio. Precisamente, los objetivos de este libro son recoger y esclarecer cuáles fueron las fuentes que en la traducción del *Dioscórides* utilizó Laguna, si hubo imitación o plagio por su parte, y si, a su vez, su obra fue imitada, plagiada o sirvió como fuente para otras traducciones posteriores.

¹ M. A. González Manjarrés, *Europa Heautentimorumene, es decir, que míseramente a sí misma se atormenta y lamenta su propia desgracia*, Introducción, edición y traducción de M. A. González Manjarrés, Junta de Castilla y León, Valladolid 2001, 206 pp., reseñada en la revista *Cuadernos de Filología Clásica - Estudios Latinos*, 22, 1 (2002) 291-293.

Abre el libro una introducción (pp. 11-21) en la que se expone de forma breve el alcance que tuvo para el hombre del Medievo tanto el Renacimiento como el Humanismo: por un lado, el hallazgo desesperado de una «luz» que sacó al hombre de las tinieblas en las que se encontraba sumido y que surgió a raíz del renacer de la Cultura Clásica; por otro, el impulso de los *studia humanitatis*, estrechamente relacionados con el mundo de la antigüedad grecorromana. Los hombres sabios del Renacimiento se vieron en la obligación de rescatar toda aquella sabiduría que durante siglos había permanecido oculta, razón por la que se hizo imprescindible un perfecto conocimiento filológico del griego y del latín. Este afán filológico se puso especialmente de moda entre los médicos más competentes del momento, que llegaron incluso a ejercer labores de crítica textual en sus esfuerzos por colacionar cuantos manuscritos antiguos caían en sus manos, con el fin de recuperar los originales griegos y latinos y lograr así un conocimiento más completo de males y enfermedades. Dentro de este marco cultural se desarrolló la figura de nuestro insigne médico y filólogo, Andrés Laguna. El autor del libro nos ofrece una breve semblanza de éste humanista del siglo XVI, que nació en Segovia en 1511 y cursó sus estudios en las universidades de Salamanca y París. Al tiempo en que obtuvo el cargo de médico en Metz, desarrolló una labor filológica con diversos trabajos que fueron publicados en Colonia y con la pronunciación el 22 de enero de 1543 en la Facultad de Artes de Colonia del famoso discurso *Europa que míseramente a sí misma se atormenta*. Consiguió el título de doctor en Bolonia, así como algunos títulos nobiliarios en Roma. En 1555 llevó a cabo la traducción castellana del *De materia medica* de Dioscórides. Tras regresar a España², poco tiempo después, en 1559, falleció, se dice, en tierras de Guadalajara.

Una vez adentrados en el tema, el siguiente epígrafe de la obra, «La tradición del *De materia medica* de Dioscórides» (pp. 23-50), comienza con un breve repaso a la historia de la Botánica como ciencia, desde sus principios hasta llegar a las dos fuentes directas de Dioscórides, Cratevas y Sextio Niger³, a través de los cuales el famoso médico conoció el trabajo de Teofrasto. Con el fin de enriquecer el conocimiento del lector, González Manjarrés recoge algunos datos biográficos acerca de Dioscórides, e igualmente desglosa de forma general la estructura de la obra, compuesta de cinco libros en los que se tratan distintos temas: desde ungüentos, árboles y arbustos hasta vinos y minerales. La riqueza de este manual lo convirtió en una obra de referencia obligada sobre Botánica medicinal durante la Edad Media. Como no, viniendo de un filólogo, se aporta un listado de los códices que han transmitido el texto, atendiendo a dos clasificaciones: la recensión genuina y la recensión alfabética (pp. 31-32). La obra, copiada en manuscritos conservados en Bizancio, se extendió al mundo árabe gracias al intercambio cultural que mantuvo Bizancio con zonas de Siria y Mesopotamia. De hecho, fue traducida al sirio y al árabe en el siglo IX.

² Para un conocimiento más completo de la biografía de Andrés Laguna, cf. T. Hernando, «Vida y labor médica del Doctor Andrés Laguna», en *Vida y obra del Dr. Laguna*, Salamanca 1990, pp. 81-204, citado por M. A. González Manjarrés, *op. cit.*, «Introducción», pp. 25-69.

³ Ésta es la traducción elegida por el estudioso.

El siguiente capítulo, «El *Corpus Dioscorideum* de Laguna» (pp. 51-70), centra su interés en el análisis de tres escritos de Laguna: por un lado, las *Annotationes*⁴ (1553) a la versión latina del *De materia medica*, de su amigo y maestro Jean De la Ruelle, publicada en París en 1516, un escrito que se convirtió en la «versión vulgata» de la obra de Dioscórides; por otro, la traducción castellana que nuestro médico hizo sobre la misma obra; finalmente, la *Apologetica epistola*, obra en la que dio testimonio de la agria polémica que surgió entre el médico segoviano y el humanista alemán — de nombre Jano Cornario — como consecuencia de la publicación de una nueva versión latina del *De materia medica*, escrita por este último con la intención de superar la versión de De la Ruelle. Sin embargo, el enfrentamiento más directo entre ambos eruditos se produce como consecuencia de la decisión de Laguna de introducir el *De venenis* como libro VI de la obra de Dioscórides, en consonancia con algunos manuscritos y con la versión latina de su amigo De la Ruelle. Cornario concibió el *De materia* en cinco libros, considerando el sexto apócrifo. Sin embargo, los estudios textuales llevaron a Laguna a reconocer la probable condición espuria de dicho libro.

Con el título de «Las fuentes del *Dióscorides* de Laguna» (pp. 71-80) se abre el siguiente epígrafe, en el que se estudian los tres tipos de fuentes literarias utilizadas por el humanista segoviano: Fuentes Antiguas (entre las que se encuentran los testimonios de médicos griegos antiguos y eruditos del mundo romano: Hipócrates, Diocles de Caristo, Nicandro de Colofón, Aristóteles, Teofrasto, Galeno, Plinio el Viejo, Catón, Varrón y Celso); Fuentes Medievales (Serapión, Averroes y Avicena); Fuentes Modernas y Contemporáneas (Jean De La Ruelle, Jano Cornario, posiblemente Nebrija y Pietro Andrea Mattioli —su fuente más fiable y constante tanto para su traducción como para sus comentarios— entre otros).

El apartado «Andrés Laguna y Pietro Andrea Mattioli» (pp. 81-114) profundiza en la extraña relación que tuvo lugar entre Laguna y el que fue considerado como el más famoso comentador del *De materia medica*, el italiano P. A. Mattioli. Este último llevó a cabo varias traducciones al italiano de la citada obra, siendo la de 1550 la que utilizó probablemente Laguna para su versión castellana. Esta traducción de 1550 —la tercera en su cuenta particular— incluyó el *De venenis* como un libro más de el *De materia*, lo mismo que hará después el segoviano. Posteriormente, en 1554, sacó a la luz una versión latina, basada en el texto de De La Ruelle, con comentarios también en latín. Andrés Laguna se mostró siempre respetuoso con Mattioli, reconociendo incluso el beneficio que supuso para él la obra del italiano. Mattioli, por su parte, le agradeció al médico segoviano la ayuda que aquél le prestó para la elaboración final de su trabajo⁵. Sin embargo, sin saber muy bien cómo, los elogios de este último se convirtieron en quejas y éstas a su vez se transformaron en acusaciones de plagio, llegando así al argumento principal del libro, que no es otro más que la constatación, a partir de los propios textos, de la existencia de un más que probable plagio de La-

⁴ Tanto las *Annotationes* como las *Castigationes* se convirtieron en dos géneros que gozaron de gran popularidad entre los humanistas filólogos.

⁵ Mattioli manifiesta abiertamente en distintos pasajes de su obra la ayuda prestada tanto por Laguna como por otros médicos en tanto que se preocuparon de mandarle muestras de plantas que desconocía, consejos y nuevos hallazgos. El Dr. Manjarrés ha recogido dichos pasajes en las páginas 86-87.

guna a Mattioli. Aún así, Laguna reconoció públicamente haber hecho uso de la obra de Mattioli, razón por la que más que hablar de plagio podríamos hablar de imitación. Es más, el propio segoviano afirmó que utilizó como fuente la obra del italiano —como habría hecho cualquier erudito que pretendiera la creación de un trabajo con cierto rigor científico, al ser el texto de Mattioli una obra de obligada referencia—, pero al mismo tiempo matizó que el uso que hizo de la obra del italiano se limitó única y exclusivamente a los comentarios que después publicó el humanista español, nunca a su traducción del texto. Como prueba argumentativa Gonzalez Manjarrés recoge aquellos textos de los comentarios de Laguna en los que se observan citas casi literales, aumentos de los periodos con datos propios del segoviano y resúmenes de los comentarios del italiano.

El último epígrafe, «Las influencias: Andrés Laguna y Jano Cornario» (pp. 115-173), comienza con una exaltación de la obra y la figura de Laguna, como fuente de la que bebieron médicos y profesores universitarios españoles y lusos del siglo XVI, botánicos y grandes literatos de la talla de Cervantes, Lope de Vega, el Padre Feijóo y Antonio Machado. A continuación, el autor pasa a detallarnos la polémica surgida entre el médico segoviano y otro de los médicos humanistas del momento, el alemán Jano Cornario, polémica que surgió tras la acusación que lanzó Laguna contra el alemán de haber copiado para los *Emblemata* de la versión de la obra de Dioscórides del segundo la mayor parte de las *Annotationes* publicadas en 1554 por el primero. Sin embargo, de manera semejante a la del capítulo anterior, la diferencia entre plagio e imitación no muestra unos límites claros, pues tras recoger González Manjarrés aquellos pasajes en los que se aprecia la influencia de Laguna en Cornario, nos muestra también los diversos puntos en los que el alemán se desmarcó del español, al preferir las lecturas de otros autores. Como reacción a ese supuesto plagio Andrés Laguna publicó la llamada *Apologetica Epistola*, en la que en un arrebato de ira arremetió contra Cornario por haber utilizado casi todas sus *Annotationes*, con excepción de las 23 que se encargó de anotar en la *Apologetica*. Dichas excepciones se debieron, según el segoviano, a la incuria y el apresuramiento del alemán a la hora de copiar. Siguiendo con el método utilizado a lo largo de toda la monografía, González Manjarrés en esta última parte del capítulo recoge y analiza una a una las 23 anotaciones señaladas con el fin de aportar al lector un visión más objetiva.

La obra culmina con un «Corolario» (pp. 175-178) en el que se resumen todos los aspectos tratados en el libro y al que siguen la bibliografía utilizada y un índice de nombres.

Manuel MÁRQUEZ CRUZ
Universidad Complutense de Madrid